

## Consideraciones en torno al tabú de las habas en la Antigüedad

---

Tatiana García Labrador  
Universidad de León

La trascendencia de las habas es uno de los temas que más sorprende al lector principiante de la historia antigua, y su continua presencia no sobresale tanto por su utilización en el ámbito culinario, en el que hay que destacar igualmente su importancia, sino que lo que más desconcierta son sus constantes prohibiciones rituales o cuando menos los curiosísimos comentarios acerca de su naturaleza y propiedades, en todo tipo de culturas.

El *kejamos* o *vicia faba* se cultivó desde épocas remotas en Europa, aunque posiblemente su origen estuviera en Persia<sup>1</sup>. En Grecia aparecen ya nombradas en la *Ilíada*<sup>2</sup> e incluso aparecieron vestigios en las excavaciones de Troya. Lo cierto es que el hombre mejoró pronto el tamaño y poder nutritivo del haba silvestre, que junto a otras leguminosas venían a complementar la pobre dieta cereal, supliendo en algunos casos, el papel nutritivo de la carne<sup>3</sup>. Griegos y

---

<sup>1</sup> A España parece que la trajeron junto a otras legumbres los fenicios, extendiéndose con rapidez, pero no fueron éstos los únicos que comerciaron con este tipo de productos, las tinajas griegas o romanas que se descubren en los naufragios a lo largo de las costas del mar Egeo, están casi siempre llenas de lentejas y a veces de habas o guisantes. Ver TOUSSAINT-SAMAT, M., *Historia natural y moral de los alimentos*. Alianza Editorial. Vol 1. La miel, las legumbres y la caza. Madrid 1987, p. 70, n. 5.

<sup>2</sup> Hom. *Il.* XIII, 589.

<sup>3</sup> Al igual que otras leguminosas son muy nutritivas por el almidón, las proteínas y las sales minerales que contienen, por lo que en muchas ocasiones se han denominado “la carne de los pobres”, también poseían la ventaja de su larga conservación, la cual permitía su almacenamiento. Es por ello que desde sus comienzos constituyó una parte muy importante de la dieta, griegos y romanos así como otros pueblos fueron grandes consumidores de habas. Aristófanes se refiere a los atenienses como “masticadores de habas” (*Lys.* 537, *Eq.* 41). Por su parte, el *étnos* (puré de habas o guisantes) era una comida propia de los espartanos (*fr.* 17 *PMG* (Ath. 10 416-d. Cfr. Gall, 199, pag 120)).

romanos las consumían habitualmente frescas, secas, tostadas o cocidas<sup>4</sup> y algo parecido debió de ocurrir entre otros pueblos antiguos.

Aunque en época arcaica parece que eran degustadas por todas las clases sociales, con el tiempo pasaron a ser consideradas comida propia de los más humildes dado su bajo precio<sup>5</sup>.

Pero a pesar de todo lo dicho, lo cierto es que existieron muchas prescripciones sobre su consumo, algunas de las cuales se han fundamentado desde antiguo en su pesada la digestión, e incluso hoy en día se habla de la alergia a las habas<sup>6</sup>.

Entre las interdicciones más sonadas destacan las de pitagóricos y órficos<sup>7</sup> que se abstendían de tomarlas por impuras, al igual que en los misterios Eleusinos<sup>8</sup>.

<sup>4</sup> De este modo constituían el ingrediente básico de un plato denominado “olla de Telémaco” del cual no sabemos más que el nombre, aunque varios autores dicen de él que hincha los estómagos. Esto no significa que las habas no se comieran gustosamente, Horacio (*Sat.* II 6, 63) por ejemplo, anhela comer pronto en su casa de Campaña un puré de habas. Ya entonces era habitual comerlas junto con tocino. También se confeccionaba harina e incluso se daba a las habas usos cosméticos (Gal VI, 530 Kühn. Plin. *H.N.* 18, 117; Apic. 1, 6). Con la primera se elaboraban diversos tipos de panes que cobraban especial importancia en periodos de escasez de cereal. Los romanos confeccionaban un pan de harina de habas secas o *lomentum* cuando faltaba el cereal y éste pasó a convertirse en un tópicos en las crisis europeas. Ver TOUSSAINT-SAMAT, *op. cit.*, p. 70 y GARCÍA SOLER, M. J., *El arte de comer en la Antigua Grecia*. Biblioteca Nueva. Madrid, 2001, p.68.

<sup>5</sup> Es por ello que habitualmente aparecen en autores cómicos como símbolos de la más extrema pobreza (Ferécates, *fr.* 137 K.-A. (Ath. 6, 269); Mnesim. *fr.* 4 K.-A. (Ath. 9, 403b). Ar. *Nu.* 1395, V. 811, pl. 1004; Alex. *fr.* 167 y 260 K.-A. (Ath. 2, 55a y 7, 287f) etc). Ver GARCÍA SOLER, M. J., *op. cit.* p. 67, n. 108.

<sup>6</sup> En parte de Grecia y el sur de Italia, se describió por primera vez en el siglo XIX una enfermedad hereditaria denominada *fabismo*, que no es en realidad otra cosa que una alergia a las habas. Sin embargo, en algunos casos puede conducir a síntomas verdaderamente alarmantes como fuertes hemorragias. Esta es la dirección que han tomado las investigaciones de R.S. BRUMBAUGH Y J. SCHWARTZ (*Pythagoras and beans. A medical explanation, en The Classical World* 73 1980 421-423) así como el propio M. D. GRMEK (*La légende et la réalité de la noivité del fêbes, en History and Philosophy of the Life sciences*, Florencia, 1980, vol II, pp. 61-121) tomado de GARCÍA SOLER, M.J. *op. cit.* p 68. Sin embargo, todo ello nos parece que no explilca la interdicción de las habas en otros lugares y mucho menos el porqué de lo variopinto de los comentarios a cerca de estas semillas, aunque no descartamos que haya podido incidir.

<sup>7</sup> Ciertos versos atribuidos a Orfeo (*Gp.* II 35) o a Empédocles (Gell. IV 11, 9-10) aseguraban que comer habas equivalía a comer las cabezas de los progenitores. (O. KERN, *Orphicorum fragmenta*, Berlín, 1922, fr. 291. Es posible que tal afirmación se relacione con el hecho de considerar a las habas como el primer don venido de debajo de la tierra por su pronta germinación, considerándose la primera ofrenda de los muertos a los vivos, y por ello su encarnación. Comer habas sería un medio de comunión y forma de mantenerse en el ciclo de las reencarnaciones sometándose a los poderes de la materia) Ver. CHEVALIER, J., Y GHEERBRANT, A., *Diccionario de símbolos*. Ed. Herder. Barcelona 1999, p. 548.

<sup>8</sup> Paus. I 37, 4; VIII 15, 3. Es posible, sin embargo, que se tratara de una influencia de los an-

Del propio Pitágoras se decía que no las comía y que incluso murió siendo perseguido, por negarse a atravesar un campo de habas. No todas las opiniones sin embargo, dan por válida la creencia en los preceptos de los pitagóricos como es el caso de Horacio o de Aulo Gelio<sup>9</sup>. Éste último cita a Aristóxenos<sup>10</sup> que escribió en base a las experiencias de su amigo el pitagórico Xenófilo. Según él no era cierto que en dicha comunidad se abstuvieran de las habas sino que tal opinión se debía a una confusión, cuya explicación resulta bastante interesante. El error se habría derivado de la mala interpretación de un poema del pitagórico Empédocles<sup>11</sup>, que animaba a los hombres a abstenerse de las relaciones sexuales, en donde se habría entendido κύαμος como “haba” en vez de “testículo”, siendo empleado este término por su evidente semejanza morfológica.

Sea cierto o no, en cualquier caso, el que los pitagóricos evitaran comer habas así como carne, con alguna que otra excepción, nos parece perfectamente plausible, y no eran los únicos, como veremos, que aducían para ello razones de pureza. Esto no significa, sin embargo, que algunos individuos no respetaran las reglas con rigidez.

Si de verdad no las comían las razones de esta conducta perduran en el misterio, aunque lo que es indudable es que no lo hacían por considerarlas impuras. Algunos, si bien pocos, apuntan que se trata de un alimento “contaminado” porque absorbe las impurezas de los terrenos donde crece. Bastante más reveladora y muy extendida fue la dada por sus propios seguidores de que en ella residía el alma de los muertos, opinión también recogida por Plinio<sup>12</sup>.

---

teriores. Además de las habas existía un tabú sobre las lentejas o el queso de cabra según las cláusulas del reglamento de Lindos (*LS.*, 2 n° 148 (GERNET, L Y BOULANGER, A., *El Genio griego en la religión*. UTEHA, México, 1960)) cuya ingestión producía impureza temporal. Parece que también se prohibían las aves de corral, las granadas, los huevos o animales que pusieran huevos y carne de animal que muriera de causa natural. En cuanto al orfismo, las prohibiciones afectaban a las habas y a los huevos. Véase PORPH, *V. P.* Introducción, p. 16, Gredos n° 104 Madrid 1987, que remite a su vez a las obras; PARKER, *Miasma: Pollution and Purification in Early Greek Religion*, Oxford 1985, pp. 358 y 302 y M. DETIENNE *La cuisine de Pythagore*, *Arch de Soc. des rel.* 29 1970, pp. 141-162. Por nuestra parte queremos destacar la inclusión junto al haba, por su posible simbolismo, de todo aquello relacionado con el huevo. Dichos tabúes parecen haber existido en otros misterios como los de Dionisos o Apolo.

<sup>9</sup> Hor. *Sat.* II 6, 63. Escribe *faba Pythagorae cognata*, aunque hay que tener en cuenta que este poema horaciano, describe la tranquilidad de la vida en el campo, por lo que pudiera entenderse como una referencia genérica a las leguminosas. Respecto a Gelio (IV 11), dice tratarse de un posible error de interpretación de unos versos de Calímaco (*fr.* 128 ed. Sch.). Cicerón. (*Div.* 2, 62).

<sup>10</sup> Músico conocedor de la literatura antigua, que escribió una obra sobre Pitágoras (*fr.* Hist. Graec. 2. p 273). Según éste, dicho sabio no sólo las comía sino que lo hacía porque “aligeraba el vientre y lo aliviaba”, e incluso negando el otro precepto de no comer carne, afirmaba también que comía lechones y cabritos.

<sup>11</sup> *fr.* 141 D.

<sup>12</sup> Plin. *H. N.* 18, 118. Además de esto, como recoge GIL, L. (*Therapeia. La medicina popular en*

En relación con ello debemos destacar el papel de las habas en algunos rituales importantes. En el mundo romano son citadas en las *Feralia* del 21 de febrero, en las *Lemuria* de los días 9, 11 y 13 de mayo y en las *Carnaria* del 1 de junio. En tales festividades se honraba a los Manes, los Lemures y la diosa Carna respectivamente<sup>13</sup>. En la primera celebración una anciana ofrecía un sacrificio a Tacita<sup>14</sup> “la Silenciosa”, que se alejaba bastante de la mayor parte de rituales a los que estamos acostumbrados. Sólo asistían a él algunas muchachas que la rodeaban formando un corro. Durante un complicado proceso para acallar murmuraciones<sup>15</sup>, el cual obviamos registrar aquí por falta de espacio, la anciana removía en su boca tres habas negras<sup>16</sup>. Su presencia debe explicarse, junto con la de otros componentes del rito, por ejemplo el plomo, como medios simpáticos para invocar lo infernal, en este caso a Tácita que es la encargada de dar fuerza al maleficio.

En las *Lemuria*, dedicada a los muertos, el *paterfamilias* se levantaba a media noche y efectuaba un conjunto de gestos apotropaicos para conjurar las sombras de los muertos que creía le rodeaban, tales como hacer la higa, andar descalzo, lavarse las manos o hacer sonar un objeto de bronce. Pero lo que nos interesa es que al desandar el camino de su excursión nocturna arrojaba a sus espaldas un puñado de habas negras<sup>17</sup>, que supuestamente recogían los espíritus de los antepasados, dejando de este modo, tranquilos a los suyos<sup>18</sup>. Respecto al

---

*el mundo clásico*. Ediciones Guadarrama. Madrid 1969, p 336): “Plinio afirma que es el único vegetal que recobra la plenitud de su forma aunque haya sido comido cuando la Luna crece. Hopfner (OZ I § 529, p 134) poniendo en relación este pasaje con el Sch. Vict. *ad Hom. Il.* XIII 539 afirmaba: ‘los sacerdotes no comen las habas negras por ser la andadura y subida de las almas de los jóvenes cuando de las mansiones del Hades ascienden a los rayos de luz’ y concluía que las almas se remontan de las habas a la Luna en cuyos rayos viven, hasta su descenso a la tierra para una nueva vida”. En cuanto a Plutarco (*Q. R.*, 96) afirma que los pitagóricos rechazaban comer no sólo habas, sino guisantes y garbanzos porque recordaban a la muerte y los infiernos, o porque se empleaban en los banquetes celebrados en honor de los difuntos, aunque también recoge el problema de la flatulencia, indicando que ésta excita a las relaciones sexuales, como motivo por el cual tales personas se abstuvieran de ellas para mantenerse puros.

<sup>13</sup> Ou. *Fast.*, II 571-582, V 419-492 y VI 101-182. Las dos primeras festividades guardan relación directa con los muertos. Los Manes se consideran propiamente las almas de los difuntos y por ello hay cierta confusión con los Lemures. Respecto a Carna se la invocaba para alejar el mal durante el periodo de desarrollo de los seres vivos.

<sup>14</sup> Ovidio la identifica con Muda. Ou. *Fast.* II 571-582; Plu. *Num.* VIII 11.

<sup>15</sup> Ver CONTRERA VALVERDE, J., RAMOS ACEBES, G., RICO RICO, I., *Diccionario de la Religión Romana*, ed. Clásicas. Madrid 1992. Ou. *Fast.* V 419-492.

<sup>16</sup> Ovidio, habla de 7, número igualmente mágico.

<sup>17</sup> El que fueran precisamente negras es también significativo, ya que dicho color se identifica con la imagen de la muerte o el mundo subterráneo donde permanecían los espíritus, cuyo estado tenebroso se derivaba de la no presencia de luz, que es la que da forma a la vida en la Creación.

<sup>18</sup> Ello se deriva de la fórmula que acompañaba a tal acción y que debía repetirse 9 veces sin mirar atrás: “Lanzo estas habas y con ellas me redimo a mí y a los míos” Ou. *Fast.* V 419-492.

porqué de las habas vuelve a repetirse como elemento en simpatía con los difuntos. Para entenderlo mejor quizás podamos acudir a otros dos tipos de prácticas romanas. Por un lado en los ritos de casamiento se ofrendaban también habas, creyendo que cada una se convertiría en su día en un hijo varón en el que se encarnaría un ancestro para perpetuar la descendencia<sup>19</sup>. Por otro en las *Compitalia*<sup>20</sup> se ofrecían a Mania<sup>20</sup> pelotas y muñecos de lana que pretendía substituir antiguos sacrificios humanos que habrían tenido como víctima a los esclavos (y seguramente primero, a los propios hijos libres). Juntando estos dos testimonios en relación con lo anterior, pensamos que quizá es posible que en las *Lemuria* se ofrecieran habas a los muertos como substitutos de los hijos, para que éstos los respetaran. En cualquier caso, el temor que guardaba el *paterfamilias* y que le empujaba a hacer tales ritos era el mal que pudiera caer sobre la familia.

En cuanto a las *Carnaria*<sup>21</sup>, se ofrecía a Carna un puré (*puls fabata*) de habas y tocino, alimentos que contribuían más que cualquiera, según Macrobio, a dar fuerza al cuerpo<sup>22</sup>. La práctica puede deberse a la asociación de la diosa con el desarrollo y crecimiento de los seres vivos, de modo que tal preparado aumentaba sus poderes o al menos los invocaba. Junto a su poder nutritivo real, hay que destacar también la fuerza simbólica de tales alimentos como fuente de vida<sup>23</sup>. Creemos por ello que las habas aparecen aquí por su asociación tanto a

---

Edición de M. A. MARCOS CASQUERO, León 1990.

<sup>19</sup> Jean Chevalier, *op. cit.* p.548.

<sup>20</sup> Divinidad oscura de origen sabino, que acabó por considerarse madre de los Manes. Como fantasma aterrizaba a los niños, atentando contra el desarrollo de la vida. En época arcaica se le ofrecían sacrificios humanos, en concreto infantiles. ARNOB. 3, 41; 6, 26; FEST. 129 L; MACR. *Sat.* I 734; SERU. *Aen.*, 12, 139; VARRO. *L.L.* 9, 61. CONTRERAS VALVERDE, J. *op. cit.* p 130.

<sup>21</sup> También se conocía popularmente a esta fiesta como “Calenda de las habas”, o *Kalendae fabariae*. Aunque se trate de una antigua diosa romana protectora de los órganos vitales del hombre, en especial del desarrollo y protección del niño, hay que destacar también aquí su carácter agropecuario, en donde se encargaba la última fase de madurez de los frutos y del engorde de los animales. Este sentido también queda subrayado por la elección de la fecha, las calendas de junio, orientada evidentemente a la feliz consecución de la cosecha. En la antigüedad dicha fiesta pudo tener un doble significado ya que al menos durante el Imperio, el 1 de Junio, también se celebraban, los *ludi fabarici*, vinculados a la memoria de los difuntos.

<sup>22</sup> MACR. *Sat.* I 12, 31-33. Según Ovidio (*Fast.* VI 101-182) habas y tocino se mezclaban también con escanda caliente (noticia que aparece en Varrón, Plinio y Macrobio según M. A. MARCOS CASQUERO *op. cit.* p.393 n. 39) y se daba a la diosa porque “era muy antigua y se alimenta con los platos de antaño”. Asegura además que liberaban de los dolores de entrañas a quienes los comiesen ese día.

<sup>23</sup> El tocino, al igual que la grasa en general es un elemento de vital importancia ya que se piensa que en él se almacena la sustancia vital del hombre o el animal de manera muy especial, al igual que en la sangre u otros órganos vitales. Quizá es por ello que se destina a los dioses en los sacrificios, junto a sangre y vísceras, y no en cuanto al engaño urdido por Prometeo. A los dioses, se les entrega una vida ya sea animal o humana, y por ello en ese trato, son quienes se llevan “la mejor parte” y no como parece desprenderse del mito.

la vida como a la muerte, en cuanto negación de aquella. En su papel velador y protector del desarrollo del niño, la diosa Carna también los defendía de las temibles *Striges*, seres demoníacos que absorbían la esencia vital de los niños cuando dormían (sangre y vísceras) aspecto que nos recuerda, aún en sentido contrario, a lo anteriormente dicho sobre Mania<sup>24</sup>, y nuevamente aparecen aquí las habas.

Sin embargo, la relación de las habas con la muerte no es exclusiva del mundo romano, sino que existe en otras culturas, empezando por la vecina Grecia y hasta el propio Egipto<sup>25</sup>.

En este último, el lugar donde la fuerza vital del individuo, el *ka*<sup>26</sup> esperaba su turno para la resurrección era denominado el “campo de habas”. No es extraño, que elemento tan sagrado, por encerrar el misterio de la vida, estuviera prohibido para muchos sacerdotes egipcios<sup>27</sup> o griegos<sup>28</sup> así como para el *Flamen Dia*<sup>29</sup> entre los romanos.

En el caso específico del sacerdote de Júpiter, éste al igual que su esposa estaban afectados por multitud de tabúes. No podía comer, tocar, ver o tan siquiera nombrar muchos objetos o seres, la mayoría de los cuales podemos relacionarlos de algún modo con la muerte, siendo quizás éste el motivo del tabú<sup>30</sup>. Por descontado no podía ver un cadáver, debiendo incluso abandonar su puesto si su esposa fallecía, pero junto a ello y entre otras muchas cosas, también se veía afectado por el cuero, la sangre, la carne cruda, o animales tales como el perro o la cabra explicables por su naturaleza infernal.

Es posible por tanto, que el tabú de las habas también esté motivado por su relación con la ultratumba. De hecho, Festo afirma que en su flor se “leían letras de muerte”<sup>31</sup>, al igual que Plinio que cita a Varrón, y Dídimo que recogía ésta como razón que llevó a Pitágoras a la abstención<sup>32</sup>.

---

<sup>24</sup> Ver n. 21.

<sup>25</sup> Es posible que de aquí pasara la creencia de la impureza de las habas a Grecia y es igualmente probable que Pitágoras la tomase de ellos.

<sup>26</sup> El ser vivo estaba formado por varios elementos, entre los cuales el *ka* era el elemento individual de cada ser, el cuerpo energético, que lo acompañará también en la muerte esperando la resurrección.

<sup>27</sup> Éstos las consideraban como impuras. Hdt. II 37, 2-5 y D. S. I 89.

<sup>28</sup> Al menos eso afirmaban los escoliastas de Homero (cfr. Eust. a *Iliada* 13, 589) porque en las habas negras residía el alma de las sombras que regresaban del Hades.

<sup>29</sup> Plin. *H.N.* 18, 119, también Gell. X 15, 12.

<sup>30</sup> Ver CONTRERAS VALVERDE, J. *op cit.* pp.75-78.

<sup>31</sup> Es frecuente que los antiguos crean ver en las flores letras que presumiblemente hacen referencia a una palabra completa. Se trata de un nuevo mensaje de la naturaleza, en este caso directo y a menudo se relaciona con el simbolismo propio de la flor. Fest. 77 L. Ou. *Fast.*, II 583

Plutarco también habla de la asociación con la muerte, pero no sólo de las habas sino de las legumbres en general<sup>33</sup>, lo que explicaría su utilización funeraria, por ejemplo, la costumbre de arrojar habas como ofrenda a las tumbas<sup>34</sup>. Sin embargo, éste último también recoge una serie de explicaciones “médicas” que habrían convertido la inconveniencia digestiva en tabú<sup>35</sup>. Ciertamente era que comer habas conducía a un estado de impureza, pero éste se derivaba de los efectos secundarios de la propia flatulencia, que según el parecer de muchos antiguos, excitaban el apetito amoroso<sup>36</sup>.

Pero no sólo era culpable la propia expulsión de gases, sino la pesadez de estómago. Plinio<sup>37</sup>, que en otras ocasiones afirma lo contrario, también reconoce que las gachas de habas embotaban los sentidos y producían pesadillas, pudiendo ser a sus ojos, suficiente motivo para que los pitagóricos las condenasen. Dicha opinión gozaba de varios seguidores. Dídimos indicaba que impedían tener sueños verídicos porque “producen vientos” y Cicerón aconsejaba citando a Platón, irse a dormir con la digestión hecha para que nada perturbara al espíritu<sup>38</sup>.

En cualquier caso y en contra de lo anterior, o al menos como única causa, debemos constatar también la existencia de opiniones favorables hacia las habas, que se encuentran en el propio Plinio o Galeno<sup>39</sup>, además de las anteriormente recogidas por Macrobio.

No queremos descartar totalmente que las pesadas digestiones de este alimento, que todavía hoy nos gusta comprobar, así como sus otros efectos, no estén en relación con el significado que sobre tales frutos se fue conformando en la antigüedad. Si se entiende la flatulencia como aire que escapa del cuerpo

---

y VI 170-182 y Plin. *H.N.* 18, 12, 117-119.

<sup>32</sup> Plin. *H.N.* 18, 12, 117-119: “*quoniam in flore eius litterae lugubres reperiantur*”. La relación de las habas con la muerte o con su empleo para las votaciones sería para él la causa de que los pitagóricos se abstuvieran de ellas. También se atribuye esta afirmación a Dídimos (*Gp.* II 35, 6).

<sup>33</sup> Aporta para ello razones etimológicas que en este caso, valen más para el guisante o al garbanzo. Sus nombres *λάθυρος* y *ἐρέβινθος* evocarían a *Lete* (λήθη) el Olvido y a Erebo, (*ἔρεβος*) personificación de las tinieblas infernales (Plut. *Q. R.* 95).

<sup>34</sup> Lyd. *Mens.* 77.

<sup>35</sup> Plut. *Q. R.* 95; *Q. C.* 2, 31; 8, 10, 1.

<sup>36</sup> Proceda este apetito sexual de la propia flatulencia o no, lo cierto es que las habas contaban con una extendida fama de alimento afrodisíaco, que bien podemos imputar a otras cuestiones que más adelante veremos. CAZENAVE, M., *Encyclopédie des symboles*. Encyclopédies D’aujourd’hui La Pochothèque. París 1996, pp.256-7.

<sup>37</sup> Plin. *H.N.* 18,188.

<sup>38</sup> Did. *Gp.* II 35, 3-4 (cfr. *Dsc. mat. med.* 2, 105); CIC. *Div.* 1, 62. También cita éste motivo para dar explicación a los usos pitagóricos.

<sup>39</sup> GARCÍA SOLER, M.J., *op cit.* p.67.

cabría preguntarse si no existía algún tipo de creencia acerca de la huída del espíritu, como se tenía acerca de los bostezos, el aliento o los últimos estertores del moribundo<sup>40</sup>. Sin embargo, sin despreciar esta teoría, seguimos convencidos de que existe algo más en la prohibición de su consumo que a veces sale a la superficie en determinados comentarios sobre las habas. Dichas alusiones, extrañamente comunes en esta leguminosa suelen ser increíbles e incluso disparatadas pero en todo caso, parecen apuntar en una misma dirección.

Antes de analizarlos, fijémonos en la apariencia externa de la semilla, vital para nuestra teoría. Su forma básicamente globulosa y aspecto membranoso encierra un simbolismo, por una parte propio de todos los frutos en general, pero que en este caso estaba intensificado. Como tal se identifica con la fertilidad y a través de ésta con la muerte y lo tónico<sup>41</sup>. De este modo podemos explicar su designación como fruto de los difuntos.

Pero veamos esos testimonios, en el cúlmen de lo extravagante, que relacionan estrechamente al haba con lo fértil y en definitiva con el misterio de la vida, e incluso la hacen proceder de la sangre humana<sup>42</sup>.

Las afirmaciones más desconcertantes provienen de Porfirio que asegura, por ejemplo, que estando en Tarento, Pitágoras vio a un buey comer habas por lo que pidió al pastor que el animal dejara de hacerlo. Este contestó riendo que no conocía la lengua de los bueyes, por lo que el sabio susurró al oído del animal sus preceptos<sup>43</sup>. En otra ocasión como explicación a las objeciones pitagóricas, afirma que en los orígenes, hombres y habas germinaron de la misma podredumbre, de manera que si se masticaba un haba y se exponía el bolo al sol

---

<sup>40</sup> El aire encierra la vida, porque a través de éste el hombre respira. Al hombre se le dio la vida por medio del aliento, de la misma manera que su muerte se produce cuando expira. En algunos casos se cree que el alma abandona el cuerpo cuando este expulsa el aire por última vez. Por ello cualquier "salida" de aire puede conllevar un simbolismo parecido. Revelador es también el hecho de que al *Flamen Dialis* le estuviera vedado cualquier alimento fermentado por la supuesta presencia "espiritual" que encerrarían los mismos.

<sup>41</sup> Muerte, resurrección y procreación estaban básicamente unidos en la mentalidad antigua. Aunque esta afirmación pueda parecernos ambigua y contradictoria, hay que recordar que la vida era ante todo la consecución de un ciclo que se repetía continuamente, y que tenía su máximo exponente en la vida vegetal. Vida y muerte son en realidad las dos caras dentro de un mismo círculo de manera que uno conduce al otro. La tierra representante de lo femenino y la germinación es a su vez la sede de lo infernal, porque para renacer es necesario morir primero tal y como nos cuenta el mito de Proserpina, o los innumerables relatos de los dioses de la vegetación. De este modo se entiende que las habas estén presentes en rituales, en principio tan dispares como los funerarios y de casamiento.

<sup>42</sup> VÁZQUEZ HOYS A.M., y MUÑOZ MARTÍN, O., *Diccionario de Magia en el mundo Antiguo*. Ed. Aldebarán Madrid 97. Voz haba. Entendemos por ello que se contagia de su capacidad generadora.

<sup>43</sup> Porph. *V.P.* 24.



dejándolo por un tiempo, dicha masticación exhalaría olor a semen humano<sup>44</sup>. Y lo que es más curioso; si se coge un haba en flor –cuando está creciendo– y se introduce al obscurecer, en una vasija de barro y se entierra, al cabo de noventa días se habrá convertido en una cabeza “bien formada” de niño o en un sexo de mujer<sup>45</sup> (*pudendum muliebre*).

Cualquier comentario sobra al respecto, pero en cualquier caso, pudiéramos añadir que estamos ante un caso de generación, si no espontánea o surgida de la nada, sí a partir del haba. Esta peculiaridad no difiere mucho en realidad, de conocidas generaciones a partir de la “fermentación” de gotas de sangre, tal es el caso de Pegaso, Afrodita y un sinfín de criaturas en las que no vamos a insistir.

Curiosos son también los resultados, el segundo de ellos es una alusión directa a la fertilidad y lo mismo el niño<sup>46</sup> o su cabeza, como producto o consecuencia de la misma. Según Jean Chevalier<sup>47</sup> el haba simboliza el embrión, por su forma globulosa y venosa, lo cual es necesario tener en cuenta para llegar a entender su supuesta capacidad generadora. Por otro lado, tenemos su relación con el miembro viril, en especial con los testículos, los cuales como ya hemos aludido podían designarse a través del término *kyámos*. Aristóteles, según interpretó Diógenes Laercio<sup>48</sup> afirmaba que la repulsa de Pitágoras se debía precisamente a su similitud con las partes pudendas. E incluso hoy en día, no faltan esos guiños a la fertilidad. Aunque no se refiera exactamente a esta parte, encontramos recogido en el DRAE para el haba las acepciones de “cabeza del miembro viril” y también concha marina que recibe igualmente el nombre de *ombligo de Venus*.

Todo ello nos parece muy revelador, a lo cual podemos añadir nuevamente la prohibición junto al haba del consumo de huevos entre órficos y eleusinos<sup>49</sup>.

Es por ello que, sin querer parecer presuntuosos y negar un más que posible papel de las opiniones médicas aquí apuntadas así como otras causas, creemos que la consideración del haba como realidad que esconde en sí misma los misterios de vida y la muerte no es despreciable. Tales convicciones pudieron de-

---

<sup>44</sup> Es decir, se convierte en “materia” de procreación.

<sup>45</sup> Porph. *V.P.* 44, 45.

<sup>46</sup> Quizás podamos advertir una reliquia de este simbolismo que equipara al haba con el embrión, en nuestro tradicional roscón de reyes, cuyo motivo, no lo olvidemos es conmemoral el nacimiento de Jesús. Tal postre tiene como característico que en su interior se esconde un haba que a veces se reemplaza por un bebé minúsculo de porcelana. Incluso en algunas partes se dice que quien encuentre el haba se casará pronto. CAZENAVE, M., *op. cit.* p.256-7.

<sup>47</sup> CHEVALIER J., *op. cit.* p.548.

<sup>48</sup> D. L. VII 1, 19, 34. Ver GIL, L., *op. cit.* p. 336.

<sup>49</sup> Ver n. 8.

terminar o ayudar a que fuese considerada especialmente sagrada y como todo lo *sacer*, impura, sobre todo para determinadas personas.

Nuestra contribución es por demás demasiado breve para analizar más a fondo muchas de las cuestiones aquí tratadas y no duda cabe que seguirán formulándose hipótesis al respecto y en tal caso estaremos dispuestos a ir más allá en la comprensión de tan fascinante tabú.